

SUCRE: SOLDADO DE LA INDEPENDENCIA

Luis Andrade Reimers

Iniciación

Napoleón, en vísperas de la batalla de Austerlitz, había pronunciado aquella célebre frase: "El verdadero caudillo debe crear el futuro". Estas palabras, que en los labios fogosos del Corso pudieron sonar a un arranque de euforia y nada más, han resultado reales en el caso de algunos caudillos geniales antes y después de Napoleón. Un ejemplo sencillo pero elocuente lo encontramos en la vida del mariscal Antonio José de Sucre. Examinémoslo en detalle.

Hasta el año 1820 el joven cumanés, aunque desde el comienzo había desempeñado funciones importantes, solo había obedecido órdenes concretas y su misión no era otra que volver con la satisfacción de haber cumplido esas órdenes a perfección. Pero estando en el pueblo de Trapiche recibió una comunicación del general Valdés acerca de unos pliegos enviados por Bolívar, para esa fecha Presidente Constitucional de la República. Esos pliegos, que los recibió el 25 de febrero de 1821, no contenían otra cosa que su nombramiento de "General de División de los Ejércitos del Sur", sin que se le asignara ningún dinero ni se le anunciara el envío de tropas y armamento.

De acuerdo a las fechas de las cartas escritas en esos días, parece que Sucre al comienzo se quedó perplejo esperando nuevas noticias acerca de todo lo demás que precisaba para lanzarse a la campaña para la conquista de la Real Audiencia española de Quito. Entre tanto fue haciendo planes y entrevistando a los candidatos, a reclutas, sin comprometerse en forma definitiva. Esos primeros aspirantes debían ser 900 y el batallón por conformarse se había de llamar "Santander" en homenaje a un gran amigo suyo y Vicepresidente de la República, a quien estaba escribiendo.¹ Pero con fecha 23 de marzo notifica a Santander que el Gobernador de Cali, obviamente apremiado por él, ha conseguido un préstamo de un señor Hatson, un judío inglés que se había colado por estos arrabales buscando buenas oportunidades para préstamos usureros. Los intereses eran altos pero se comprometía a conseguirles también fusiles y pertrechos de campaña a precios de ocasión (ocasionalmente altos). El préstamo había de pagarse en Guayaquil o en Quito.²

Sobre esta base, el joven general Sucre alistó los primeros reclutas a los cuales comenzó a entrenar personalmente tanto en gimnasia como en ejercicios formales, manejo y mecanismo de fusil, escalamiento, etc., etc.

Ese fue el comienzo del afecto que este jefe de 26 años adquiriría para con sus soldados y que fue pagado con creces por todos ellos: con sus vidas. Semejante ejemplo de disciplina y fidelidad a las órdenes del jefe tal vez no se haya repetido nunca en la historia militar del mundo.

El dinero conseguido en préstamo apenas alcanzó para dar un adelanto del altísimo flete marítimo de la tropa hasta Guayaquil en tres barcos de vela, cuyo aspecto, cuando días más tarde Sucre los vio a la orilla del océano, no daba garantía de una feliz navegación. Sin embargo, no había alternativa y el jefe creyó que ese era el primer riesgo que debía afrontarse. Así, el 31 de marzo salió el general Sucre con su pequeño ejército de Cali hacia el puerto de Buenaventura.

Aquí tenemos el primer caso de Sucre creando el futuro, como había dicho Napoleón, que es característica de los verdaderos caudillos. Ante la orden impartida por Bolívar sobre el papel y sin el apoyo de tropas y armamento, cualquier otro oficial se hubiera quedado esperando recibir también los medios materiales. Estos por el momento no estaban en manos del Libertador y, en consecuencia, la campaña sobre la Real Audiencia española de Quito no se hubiese realizado sino después y con otros elementos. Pero aquel joven general daba su primer paso como caudillo, creando el futuro.

El jefe militar superior sabe afrontar los riesgos

Del caudillo Eneas, al invadir Italia, había escrito Virgilio: "A los audaces les ayuda la fortuna y a los cobardes les destruye". Saber medir el peligro dando ocasión a la tropa a poner en juego su valor pero no exponiéndoles a obstáculos insuperables es cualidad indispensable de un jefe militar. Pues bien, esta cualidad se puso a prueba para Sucre al comienzo mismo de su campaña. Veamos el episodio en detalle.

A pesar de haber hecho una selección cuidadosa de los reclutas en Cali, desde Río Verde (Esmeraldas) notificaba a su Ministro de Guerra que ya se le había muerto un hombre. Como el paludismo y la difteria habían comenzado a penetrar en la tropa, en esa misma carta le decía que iba a dejar en ese puerto unos 15 o 20 más. Pero eso no era lo más grave. De Tumaco a Esmeraldas ya se había presentado el problema de la falta de viento. Pero de Esmeraldas a Guayaquil, trayecto que él mismo había calculado antes que lo harían en siete días, las famosas calmas tropicales se hicieron presentes. Este fue un fenómeno que los marineros y su personal de servicio no habían previsto. Cuando esos pequeños barcos a vela empezaban a quedarse quietos en medio del océano por horas y días, sin que en esa época se conociese otro medio de locomoción, entonces el general Sucre comprendió el peligro.

A eso se sumaba la inutilidad de los timoneles que, cuando por casualidad soplaban algo de viento, no sabían aprovecharlo. De ese modo los víveres comenzaron a escasear, la carne y otros alimentos sujetos a putrefacción a corromperse y el agua, sobre todo, a disminuir rápidamente. Cuando Sucre notó eso, ordenó un austero racionamiento en todo. Pero el caso era que muchos soldados se morían de hambre y así se vieron forzados a comer alimentos ya corrompidos. A eso se añadió el mareo y el vómito no solo entre los soldados sino también entre todos los marineros.³

Por suerte, el día en que el agua se agotó y todos habrían muerto de sed, dos de los barcos descubrieron tierra. Era la Península de Santa Elena.

Al otro barco se le dio momentáneamente por perdido, pero al fin se supo que había llegado a Montecristi. En todo caso, tuvo que abandonar a 20 enfermos en Esmeraldas y arrojar al mar otros 20 que murieron en la travesía. Además tuvieron que quedarse otros 40 enfermos en el hospital de Santa Elena.

Este fue sin duda uno de los mayores riesgos que Sucre corrió en su vida. La falta de experiencia con las fuerzas de la naturaleza fue la principal razón. Pero aprendió bien la lección. Desde ese día en adelante no se empeñó en luchar contra ellas sino más bien trató de buscar la forma de ponerlas a su favor.

La diplomacia, eximia cualidad de un militar

Refiriéndose a este elemento, Napoleón había dicho: "No fue el ejército romano sino César quien conquistó las Galias". Exactamente lo mismo podemos decir del mariscal Antonio José de Sucre con respecto a la guerra contra España en Sudamérica, si tenemos presente sus actuaciones diplomáticas y la cantidad inmensa de cartas que escribió a lo largo de sus campañas militares.

Veamos el primer ejemplo de diplomacia que nos dio al llegar por primera vez a Guayaquil. Lo primero que pensó hacer fue entrevistar a los gobernadores de aquella pequeña ciudad (20.000 habitantes), que siete meses antes, el 9 de octubre de 1820, se había sublevado contra el dominio colonial de España y desde entonces estaba administrada por un gobierno propio. Supo en el camino que la ciudad estaba regida por un triunvirato pero que su miembro principal, el Dr. José Joaquín Olmedo, se había quedado en su casa por estar delicado de salud. Allí fue a visitarlo el intrépido cumanés. Pero antes, en la posada donde había llegado, se afeitó y vistió su mejor uniforme. Sabía, como buen militar que era, que con los galones y emblemas dorados de su uniforme se sentía orgulloso e impositivo.

Fue cordialmente recibido en casa de Olmedo pero tuvo que esperar en el recibidor hasta que el enfermo, que no había sido prevenido de semejante visita, se pudiese presentable. Quien se presentó a atenderle mientras tanto fue la esposa de Olmedo, una atractiva criolla de 40 años. El cumanés, que para el trato con mujeres se pintaba solo, contándole en tono alegre las aventuras que había tenido que sufrir en alta mar, ganó a tal punto la confianza de la dama, que de ahí en adelante, aun en las cartas, solo le llamaba "mi Señora Rosita". Luego habló con Olmedo, el Presidente de la Junta de Gobierno y, aunque tuvo que aceptar que la anexión de Guayaquil a Colombia únicamente podría decidirse por votación popular y que ésta solo se efectuaría cuando los españoles fuesen expulsados de la Real Audiencia de Quito, consiguió que la ciudad se hiciera cargo del alojamiento y rancho de la tropa hasta aumentarse con nuevos cuerpos que debían venir de Colombia. Este capítulo de logística, elemento esencial en una campaña, quedó así resuelto gracias a su diplomacia militar. Ese mismo día contrató la confección de uniformes pagaderos en Quito y mejores armas ordenadas al Perú. Ninguna de estas cosas había podido conseguir el general Mides, su viejo profesor en Caracas, que había llegado a Guayaquil 15 días antes.

Pero el instrumento epistolar, incesante artillería de todas las tardes y primeras horas de la noche que fue puesto en juego con asombrosa constancia, probablemente contribuyó más que armas y soldados a conseguir la victoria final. Estas cartas no solo le unieron firmemente al Presidente Constitucional de Colombia, Simón Bolívar, y a los altos miembros de su Gobierno, sino con

San Martín, que le envió un cuerpo de mil hombres para la batalla de Pichincha y otros militares prominentes como Lamar. Llegó incluso a escribir a la esposa del general Aymerich, Presidente de la Real Audiencia de Quito, tratando de impedir a tiempo un inútil derramamiento de sangre. Las proclamas compuestas a medida que avanzaba a sus objetivos son verdaderos gritos de profundo patriotismo.

Exceso de idealismo

Los temperamentos nobles y leales tienden a juzgar al mundo como igual a ellos y esta ingenuidad a veces les aboca a desastres. En un soldado esto es obviamente más grave por cuanto la suerte de militares y civiles depende de él. Sucre tuvo este defecto y, a pesar de esta lección que hubiera sido de vital importancia si la hubiera aprendido, diez años más tarde en Berruecos le costará la vida. Veamos cual fue aquel episodio.

A comienzos de junio de 1821 el general Sucre, con su pequeño y medio destrozado ejército por efecto de las calmas tropicales, se hallaba haciendo todos los esfuerzos posibles para aumentar sus efectivos militares con gente de ahí mismo y de Colombia, del Perú

o de donde fuese. En tales circunstancias, como caído del cielo se presentó un coronel venezolano llamado Nicolás López, con un cuerpo de 600 hombres, dispuesto a luchar a las órdenes del general Sucre por la independencia de la Real Audiencia de Quito. Los miembros de sus tropas habían sido reclutados principalmente en la península.

Sucre le recibió con entusiasmo y con los elementos cedidos por Olmedo o conquistados por el propio cumanés pensó poder formar ya una pequeña división y escalonarla en los puestos estratégicos por donde bajaba el camino de la sierra y por el cual verosímilmente había de descender el ejército español. A su compatriota le proveyó de los mejores armamentos e implementos de campaña, ubicándole en Babahoyo como cabeza de las fuerzas republicanas escalonadas desde allí hasta Guayaquil.

Lo que no sospechó el cumanés, ni los que le rodeaban, era que su compatriota estaba preparando un contragolpe para destruir por completo a su tropa y ser por eso galardonado generosamente. En efecto, el golpe fue dado el 28 de enero. Por medio de barcos de guerra con apariencia de mercantes se torpedió a la madrugada el puerto de Guayaquil mientras por las calles un desfile armado vivaba al Rey entre disparos. Afortunadamente el coronel Morales, que la víspera había sido prevenido del golpe por Olmedo, rechazó valerosamente el intento de contrarrevolución con un pequeño ejército improvisado. Lo que no pudo ser impedido fue la deserción masiva en Babahoyo de López con sus 600 hombres y todo el equipo de campaña. Todos ellos no hicieron otra cosa que subir la sierra y avanzar hacia el ejército de Aymerich para recibir ahí su recompensa por la traición.

Lo peor en siniestros globales de esta naturaleza es que el comandante en jefe pierda la cabeza y cometa imprudencias irreparables. Para Sucre esta fue la primera experiencia en este género de peligros. En estos casos el comandante en jefe tiene que sufrir la burla del enemigo ante su candoridad y el desprecio de los propios ante pérdidas tan apreciables. Eso obviamente tuvo que aguantar Sucre como en una carta de desahogo contó a su amigo Santander. Se expresa así:

Verá usted en mi comunicación oficial en qué cosa me he hallado metido en los últimos días. Revoluciones de mar y tierra, rebeliones, intrigas y brollos de tanto diablo que hoy en este lugar nos iban a hacer pasar una mala escena, si no se hubiera andado vivos en trastornar los trastornos, en que nuestros enemigos querían sepultarnos.⁴

Pero la actitud del verdadero jefe es la que describe a continuación: "Ha sido preciso buscar prudencia y moderación para poder salir bien de tantas agitaciones y tantos reclamos".

Cediendo los primeros laureles

El lector seguramente conoce bien los pormenores en la victoria de Sucre en Yaguachi. Un miembro de la red cuencana de espionaje republicana, Manuel Pino Jijón, había dado aviso a Sucre tres días antes de que sucediera sobre la venida de una parte del ejército realista, procedente de Cuenca, que al mando del español coronel Gonzales bajaba con instrucciones de avanzar hasta el sur de Guayaquil y esperar ahí la llegada del ejército de Aymerich, que venía de Quito. De esa forma, entre dos fuegos podían derrotar al ejército de Sucre y luego tomar Guayaquil.

El aviso fue sumamente oportuno y el general Sucre pudo movilizar a su batallón Santander y a otro de "entusiastas", que se había formado en esos días y constaba de jóvenes inexpertos. El cumanés hizo avanzar sus unidades por el camino que subía a Cuenca y a unos 20 kilómetros de Guayaquil halló un sitio adecuado en Yaguachi (las colinas de Cone) para preparar una emboscada a los realistas. El éxito para Sucre era totalmente seguro. Entre sus subalternos tenía al general Mires, antiguo profesor suyo en la Academia Militar de Caracas, el cual, sabiendo que su discípulo iba de jefe en la acción de Guayaquil, había pedido venir a su lado y luchar con él. Así pues, el cumanés quiso dar oportunidad a su teórico y entusiasta maestro de triunfar también en la realidad y así le puso al frente de su batallón Santander.

Todo resultó como Sucre había previsto. La rotunda victoria se debió a la magnífica actuación del batallón Santander. Con semejante triunfo Mires se llenó de felicidad, tal como también lo había previsto el general cumanés. Pero lo que no previó por falta de experiencia personal anterior fue el efecto que los primeros laureles iba a producir tanto en el espíritu de su añoso maestro como en su misma psicología. La experiencia que el general Sucre sacó de aquí le iba a ser muy valiosa más adelante.

¿Por qué la derrota total de Huachi?

Era indudable que la victoria de Yaguachi había sido absoluta. Mientras el grueso del ejército patriota con Mires a la cabeza avanzaba a Babahoyo y subía la cordillera en busca del grueso del ejército enemigo, el general Sucre entraba triunfante en Guayaquil, llevando a 400 prisioneros, además de todo el arsenal bélico tomado al enemigo. Había aceptado el principio un tanto teórico de Mires de que había que aprovechar el efecto moral del triunfo para acabar de derrotar al enemigo. Así pues, el cumanés improvisó de inmediato un nuevo ejército de soldados colombianos convalecientes, jóvenes guayaquileños enardecidos con

el triunfo y prisioneros tomados en Yaguachi. Con estos tres cuerpos, y sin dar la importancia que debía a este nuevo ejército en condiciones precarias, se puso en marcha hacia Babahoyo tratando de dar alcance a Mires y al ejército que había triunfado en Yaguachi. Pero, como no lo logró, siguió cuesta arriba hacia la sierra. Al fin dio con ellos pero las marchas forzadas que Mires había impuesto a los triunfadores de Yaguachi produjeron algunas bajas y muchas deserciones. Lo primero que hizo Sucre al llegar fue ordenar tres días de descanso a todos. Al cabo de ese tiempo el cumánés, únicamente con ánimo de observar al enemigo, ordenó a su ejército acabar de subir la cordillera y bajar en su interior solo hasta las cercanías de Pilahuín al pie del páramo. Desde ahí Ambato estaba cerca pero se abstuvo de bajar, pues por ahí andaba el ejército de Aymerich en pleno, incluyendo la caballería.

En cambio Mires y los oficiales a sus órdenes, viendo al enemigo avanzando por el camino de Ambato hacia Quito, experimentaron la euforia del combate y la emulación entre jefes y soldados. El general Sucre se dejó contagiar de ese entusiasmo ciego y ordenó al ejército bajar la cordillera y acercarse al enemigo. Ese fue el primer paso imprudente. El segundo fue ceder el mando a Mires mientras el cumánés examinaba la región antes de presentar batalla. Pero Mires, mientras su jefe iba a galope tendido por el otro extremo del campo, dio la orden de ataque y se trabó el combate en una zona llena de obstáculos para los patriotas. Estos dieron innumerables muestras de valor; pero ante la organización y la ventaja del terreno que tenían los realistas, el batallón Santander se batió heroicamente hasta sacrificar a su último hombre aunque no fue apoyado por los otros cuerpos. Cuando Sucre regresó, todo era demasiado tarde y él mismo, lanzándose a luchar, hubiera muerto estando como estaba rodeado de enemigos si tres guías y dos edecanes suyos no le sacaran del cerco. En todo caso su caballo salió con una pata rota de un balazo y él con algunas contusiones en la mano izquierda y el pie derecho. La derrota fue completa y apenas 100 hombres escaparon vivos de un total de más de 1.000. El general Mires cayó prisionero. El general Sucre pudo huir y esconderse en Babahoyo.

El filósofo francés André Maurois, en su libro Diálogo sobre el mando escribe: "el mejor jugador puede perder una partida. El mejor general puede perder una batalla... pero el verdadero jefe se muestra en la derrota".⁵ La primera y única derrota que sufrió Sucre tuvo lugar en Huachi. Fue una derrota total, que por poco le cuesta la vida. El 90 por ciento de su ejército quedó tendido en el campo de batalla o cayó prisionero. El desprestigio del cumánés fue completo primero ante las familias de Guayaquil, las cuales por segunda ocasión perdían a sus hijos tendidos en el campo de batalla o prisioneros de los españoles; pero luego el desprestigio fue también ante el resto del ejército colombiano, en donde había oficiales que le tenían enviada ante sus rápidos ascensos. Ambas cosas lo hirieron profundamente en su escondite de Babahoyo.

Bolívar, ante la noticia de la derrota, ofreció ir a Guayaquil para someter a la Real Audiencia pero no llegó. El único que en tales circunstancias le escribió para hacerle ver lo efímera que podía ser esa derrota si había una reacción varonil que mejorara hombres y armamentos, fue Olmedo, el Presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil. En esa carta le ofrece la ayuda de Guayaquil en hombres y armamentos. En cuanto al propio Sucre, aunque en el primer momento tuvo que permanecer escondido por prudencia, en modo alguno se sintió totalmente derrotado.

Al comienzo pensó en seguir las hostilidades contra los españoles al menos por medio de guerrillas; luego lanzó una avalancha de cartas a todos sus amigos de Colombia y del Perú que le pudiesen ayudar. También escribió al Libertador pidiendo ser juzgado en una corte militar, petición que Bolívar ni siquiera contestó. Finalmente al general Mires, que había sido la causa principal de esta derrota, cuando supo que había caído prisionero y donde estaba, le mandó el dinero de sus sueldos y comisiones.

Disciplina militar en un nuevo ejército

El hecho de que el batallón Santander, que había sido reclutado y entrenado personalmente por Sucre, hubiese quedado en su integridad tendido en el campo de batalla de Huachi, es una heroica demostración de la eficacia con que el cumanés inculcaba la disciplina a sus soldados.

Al comenzar a formar su nuevo ejército como consecuencia de la correspondencia enviada a sus posibles colaboradores, con los que venían de Colombia no tuvo problemas especiales y les impuso la educación militar desde el primer día. Pero del Perú, por efectos de una emergencia de último momento, el general San Martín le hizo llegar mil soldados mercenarios resueltos a sacar todo el provecho posible para ellos mismos de cada oportunidad que se les presentase sin sufrir riesgos de ninguna clase.

El primer caso sonado que Sucre tuvo con los mercenarios peruanos fue en Cuenca. Alojados en un cuartel de la ciudad, estos soldados, supuestamente patriotas, se dieron a acudir en masa al mercado y ahí tomar sin pagar lo que les venía en gana. Este abuso llegó a oídos del general Sucre y éste, deseoso de extirpar este abuso de un solo golpe, dictó el siguiente decreto:

Habiendo tenido algunas quejas de que la tropa toma violentamente en el mercado artículos de comida y que suele ir a las casas fuera de la ciudad y exige de los Ciudadanos y de las mujeres otras cosas que no pagan... Decreta: 1) Todo individuo de la tropa que fuere sorprendido a un tiro de fusil fuera de la ciudad sin el correspondiente permiso será juzgado como desertor. 2) El soldado que tomase a cualquier

ciudadano el valor de un real, sufrirá la pena de 200 palos y el que robe el valor de más de un peso, será castigado con la muerte.

La indisciplina de los mercenarios peruanos le causó a Sucre graves disgustos. Un año más tarde contaba por carta a su amigo Santander cómo en Riobamba tuvo que suspender un combate que venía preparando, porque uno de esos capitanes rehusó luchar por cuanto de las seis reses que se les daba para el rancho ese día les había faltado una. De ese modo, la desconfianza del cumanés en el ejército peruano fue completa. No se admiró cuando en la Batalla de Pichincha durante la refriega se fueron a esconder en las rocas de la cumbre.

Semejante indisciplina solo al momento de recibir los sueldos era firme e indeclinable, por lo cual Sucre se quejaba de que le costó demasiado dinero y hasta el momento de regresar iban robando lo que creían de utilidad.

¿Por qué fue el éxito de Sucre en Pichincha?

Se puede decir, en pocas palabras, que lo que dio la victoria a las tropas republicanas fue la disciplina militar en la mayoría de jefes y soldados. Decimos la mayoría para excluir a los mercenarios, de los cuales debemos más bien olvidarnos. Sucre, antes que nadie, debió darse cuenta de que su ejército había sido sorprendido en un cruce sumamente peligroso. El general Aymerich, viejo militar curtido en los campos de batalla, al darse cuenta de la equivocación que habían cometido los "insurgentes" al orillar aquel macizo montañoso tan cerca de la ciudad, se habría llenado de gusto creyendo repetir aquí la carnicería que había ordenado el año anterior en Huachi. Pero Sucre no perdió un instante el control de sus nervios a pesar de que, de acuerdo a lo que él mismo contó después, por el declive del terreno su caballo apenas podía estar quieto en un solo sitio. Estuvo dirigiendo el combate, reemplazando batallones y urgiendo a cada momento el avance de los carros con el parque. Recordemos que en este tiempo los fusiles eran de fulminante y tenían que ser cargados para cada disparo. Esto hacía que la primera fila de un batallón, tan pronto como hacían sus hombres los disparos, fuese a formar la última para preparar otra vez sus fusiles. También tengamos presente, como nos advierte Sucre, que el campo en que chocaron fue tan estrecho que "el terreno apenas permitía entrar más de un batallón al combate",⁷ Eso fue de inmensa ventaja para los patriotas, cuyas fuerzas estaban regadas en el monte y a lo largo del camino. De ese modo Sucre, desde su sitio de mando, fue reemplazando a los batallones que habían luchado con los frescos que iban llegando. Cuando por fin se acabaron las municiones y el carro del parque no llegaba, nos dice que "se dio orden al Paya (batallón colombiano) que marchase a bayoneta y lo ejecutó con un brío, que hizo perder

al enemigo la ventaja que había obtenido. Después (cuando llegó el parque) comprometido otra vez el fuego,... el Señor Coronel Córdova tuvo la orden de relevar al Paya con las dos compañías del Magdalena y este jefe, cuya intrepidez es bien conocida, cargó con un denuedo admirable y desordenado el enemigo y derrotado, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad".

El espíritu militar de Sucre y la ausencia de odio y bajas pasiones se manifestó en los españoles que fueron tomados prisioneros después de la victoria de Pichincha. Entre ellos estuvo el coronel López, que había desertado con sus 600 hombres al Comienzo de la campaña en Babahoyo. A pesar de que lo tuvo en su poder y muchos de sus oficiales opinaban que se le debía fusilar, el cumánés se contentó con enviarle al exilio como a todos los demás.

Rigor militar en la campaña de Pasto

Ya habían pasado siete meses de la victoria de Pichincha. Contra su voluntad, el general Sucre había tenido que hacerse cargo de la administración civil del Departamento del Sur. Las tropas peruanas habían vuelto a su tierra y solo quedaban acuarteladas las unidades necesarias en tiempo de paz. Quedó abierto y normalizado el paso de Quito a Bogotá. Pero de pronto, el 28 de octubre, la ciudad de Pasto y región circunvecina se declararon por el Rey de España, cortándose el paso a toda clase de transporte. Los españoles, que con la derrota en Pichincha habían perdido sus bienes raíces o aquellos que tenían resentimientos contra el régimen republicano, desde los días de Boyacá y luego desde Pichincha habían ido recogiendo todo el armamento y almacenándolo en Pasto. El sitio por ellos escogido era estupendo, pues constituía una especie de enorme fortaleza natural, rodeada en el sur por el torrencioso río Guáytara.

Lo primero que hizo Sucre fue poner una comunicación al general Obando, que hacía de gobernador republicano en la ciudad de Pasto, pidiéndole reprimir esos disturbios. Obando le contestó restando importancia a la revuelta de Pasto. Pero Sucre no dio fe a sus palabras y despachó desde Quito al batallón "Rifles". En respuesta, los españoles en rebeldía volaron el puente del carretero, dejando suspendido el camino entre Quito y Pasto. El general Sucre acudió al punto en que los españoles se habían hecho fuertes y ordenó la construcción de un puente, trayendo ingenieros y materiales para ello. Desgraciadamente la noche en que la obra debía ser montada, la estación invernal hizo precipitar una tempestad tan fuerte, que se impidió por completo el trabajo nocturno. A la madrugada amainó el temporal pero en cambio del otro lado, en la cumbre de un alto acantilado, se hizo presente la artillería enemiga para impedir la construcción del puente. En todo caso el trabajo siguió y, aunque murieron unos seis trabajadores, a medio día pudieron pasar las primeras escuadras

del "Rifles" y desalojar a los españoles de la cumbre del acantilado.

El cumanés, que en la noche anterior había quedado empapado con la tempestad, al otro día tuvo que practicar también su arte de escalar. Consecuencia de ambas cosas fue que su afección al pecho le obligó esta vez a hacer largas pausas.

Al día siguiente, que era 24 de diciembre, el ejército se levantó aún antes de clarear. El escuadrón de caballería tuvo que resignarse a seguir el curso del río hasta dar con el paso hasta la ciudad de Pasto, pues en forma alguna los caballos podían trepar el acantilado. El propio general Sucre tuvo que dejar su caballo con el escuadrón y seguir a pie con los batallones de infantería. Dominada la cumbre sobre el río, el ejército avanzó a través de bosques solitarios de alta montaña hasta llegar a las faldas de las cumbres inaccesibles de Taindela, donde el enemigo los esperaba bien apertrechado. La toma de aquellos peñones fue el producto de la técnica y el valor del coronel Sandes y sus compañías del "Rifles", que galantemente se ofrecieron para llevar a cabo tal hazaña.

El enemigo, que también en esta ocasión había escapado incólume, le sorprendió por tercera vez en la quebrada de Yacuanquer. En esta nueva oportunidad quien se ofreció a tomar la delantera fue el coronel Córdova con su batallón "Bogotá". Sin embargo, la lucha poco a poco se fue tornando tan tensa, que al final todo el ejército tuvo que tomar parte en ella y a duras penas fue dominado el domingo en horas de la tarde.

En resumen, esta campaña de Pasto dio por resultado el permitir el paso libre del ejército de Bolívar, constituyendo una demostración en pequeño de la técnica en llevar una compañía hasta el éxito seguro.

La milicia y el corazón

Más o menos, todos los que siguen la carrera de las armas son movilizadas de un lugar a otro, sin que sus superiores tengan en cuenta las necesidades que puedan tener las familias de ellos. Esa falla en la profesión de soldado tuvo lugar en el mariscal Sucre en grado superlativo. Recordemos brevemente algunos de sus datos biográficos.

A raíz de la victoria de Pichincha, el Cabildo de Quito ofreció un baile a Sucre y los soldados triunfadores. A ese acto social asistió entre los ilustres invitados el marqués de Solanda y Villarocha y su hija mayor, Mariana, una bella joven de 21 años. Parece que en realidad ahí hubo un amor mutuo a primera vista. Seguramente se siguieron viendo en los meses sucesivos. Lo que sí consta es que cuando Bolívar, siete meses más tarde, resolvió dar

a su hombre de confianza un merecido descanso después de la toma de Pasto, les pidió a los marqueses de Solanda que le hospedaran por unas semanas en su hacienda de Solanda hasta su recuperación. Entonces le sobrevino al cumanés un enamoramiento verdaderamente enloquecedor. El Libertador, que al cabo de unas tres semanas lo fue a visitar, encontró tan dedicado a sus sueños al joven oficial que para efecto de la guerra (en esos días lo único interesante para él) "no valía nada".

Pero el desarrollo de la lucha contra los españoles no se podía detener y Sucre por sí mismo tuvo que volver a su despacho en la ciudad. Luego Bolívar le hizo saber que le había destinado para la lucha contra los españoles en el Perú y aprovechó su popularidad para hacer cobrar a los quiteños un empréstito forzoso de cien mil pesos. De esa forma Sucre pensó que se pondría punto final a su enamoramiento. Sin embargo, el amor había sido tan profundo, que estando ya en el Perú y cuando le dieran la falsa noticia de que su Mariana se había casado, estuvo a punto de enloquecer de despecho. Pero, cuando le hicieron saber que la noticia había sido falsa, entonces se dio cuenta "que la quería infinito".

El Libertador había ofrecido al general Sucre que su servicio en el ejército solo había de durar unos meses. Pero luego se presentaron las complicaciones de la guerra contra los españoles en el Perú, que solo se resolvieron con la victoria en Ayacucho. Luego los problemas en el Alto Perú, aunque empezaron a solucionarse con la creación de la República de Bolivia, solo se arreglaron a medias haciendo de Sucre su primer Presidente Constitucional. Por esta prolongación del plazo en volver a ver al amor de su vida en Quito, el propio Bolívar fue el promotor de un matrimonio por poder entre la joven Marquesa de Solanda y el cumanés. Así fue como, estando de Presidente Constitucional de Bolivia, se hacía la ilusión de hacer venir desde Quito a su soñada marquesita en un bello carruaje y rodeada de todas las comodidades. Pero, vuelto a la realidad, desistió de aquel viaje largo, porque al fin y al cabo era tiempo de guerra y en esos caminos podía correr muchos peligros.

Volvió al fin a Quito pero la realidad que le esperaba fue muy dura. Las nuevas autoridades militares no le rindieron las consideraciones que se merecía. Tuvo al fin una mujercita de primogénita. Pero al poco tiempo de haber nacido debió abandonar otra vez el hogar para servir a sus superiores y a su Patria. Recordemos por último el final, digna coronación de su carrera militar de sacrificio.

La trapera de Sucre

Todo militar de profesión, aunque muchas veces lo oculte en el fondo de su corazón, se siente orgulloso de su uniforme. Igual

cosa sucede con los galones dorados, los gallardetes, ramos así mismo de oro y condecoraciones que recibe a lo largo de su carrera militar. Estos distintivos producen en su alma inmensa satisfacción y por lo mismo quieren mantenerlos junto a sí hasta el último momento de su vida. En esto el mariscal Sucre no fue una excepción. Pero hubo un momento en su vida en que, haciéndose a la idea de que no habría de volver vivo de la campaña que estaba a punto de emprender, hizo el inventario de esos artículos y en carta a su confidente en Quito, coronel Vicente Aguirre, el día 19 de julio de 1823 le anuncia su despacho a Guayaquil. A nosotros esta enumeración nos revela la colección de recuerdos de sus días de gloria, los cuales iban siempre con él y le demostraban que su vida había sido fecunda. La lista escrita por su puño y letra es la siguiente:

Cuatro casacas encarnadas, dos de grande uniforme y dos del pequeño.

Una casaca azul bordada pequeña de uniforme sin estrenar todavía.

Tres pantalones de paño celeste y turquí bordados al pasado, uno turquí bordado de trenza de oro, dos celestes, uno con galón y otro lizo. Uno blanco. Dos encarnados, uno aplomado, dos cenizos y dos negros: cuatro de punto y cuatro más blancos, dos chalecos de paño y seis blancos.

Una chaqueta de Húsar trenzada de oro. Una levita trenzada de negro.

Tres bandas celestes con borla de oro. Un par de charreteras y cordones.

Seis camisas de olán con pechera. Dos de estopilla cosida, nueve de irlanda, cosida; once de bretaña con botones. Dos piezas de estopilla.

Diez y ocho pares de medias largas de hilo.

Doce medias cortas y una negra larga.

Doce piezas calzones blancos de abajo. Diez y ocho medios pañuelos blancos de corbata.

Veinte y cuatro pañuelos blancos de mano, entre ellos seis bordados nuevos.

Seis pares de elásticos y un par de hebilla de oro. Seis camisetas de lana, seis pares de guantes de hilo, seis de ante.

Cuatro sábanas, cuatro fundas almohada, una colcha, un toldo de muselina.

Una esclavina de paño celeste.

Cuatro pares de borceguíes ingleses.

Dos pares de zapatos.

Un sable vaina dorada, una espada id sin estrenar. Tres bastones entre ellos dos de cañas, dos plumeros, un sombrero militar con pluma blanca, uno de paisano, un chicó, una medalla de Libertador de Venezuela guarnecida de esmeraldas, la de Yaguachi, el retrato de M., un juego de tinteros de plata completo. (Callao, 18-VII-1823).

Apunte de la ropa que llevó:

Una casaca azul bordada de pequeño uniforme y una chaqueta id encarnada-dos otras azules sencillas-una levita-seis pares de calzones de paño-dos de punto-dos camisas-seis camisetas de lana-doce calzones blancos de abajo- dos de lana-doce pañuelos blancos de mano-doce de seda-doce id de corbata-tres negros-diez y ocho pares de medias-seis de elásticas-dos bandas-dos pares charreteras-dos sombreros- seis sábanas-cuatro fundas almohada-dos colchas-cuatro paños-dos pares de borceguíes- tres de zapatos-uno de botas-seis pares de guantes de ante-un capote fino-un capotón-una esclavina-una espada, vaina de acero-un par pintura, un antejo, un canuto de tintero, un compás de plata. (Callao, 18-VII-1823).

Este es el "equipaje" que el cumanés tenía el 19 de julio de 1823. A eso hay que añadir los galardones que recibió después de la victoria de Ayacucho, los cuales obviamente fueron más ricos y significativos.

Disgusto disciplinario de Bolívar con Sucre

Debemos decir algo sobre la acusación de "jefe nulo e incapaz" hecha por el Secretario de guerra de Colombia y la justa indignación que esto causó en el ánimo de Sucre. La obvia reacción del pundonoroso militar fue enviar su renuncia tanto al Congreso de Colombia como al Presidente Constitucional y jefe inmediato, Simón Bolívar. Ese mismo día escribe una tercera carta sobre el asunto a su viejo amigo, Francisco de Paula Santander, dirigiéndose a él no como amigo sino como Vicepresidente de la República.

Las dos cartas, que debían llegar a Bogotá, tardaron un año y recibieron una respuesta negativa, dando ocasión más bien de un gran elogio del para entonces gran Mariscal de Ayacucho.

La carta dirigida al Libertador en Lima sí fue entregada de inmediato y ese mismo día recibió respuesta. Estando como estaba Bolívar abrumado de problemas con la conducción de la guerra en el Perú, parece que ni siquiera leyó esa carta y siete días después más bien le puso una comunicación ordenándole tomar a su cargo como primer jefe la dirección de la División de Colombia en el Perú. El cumanés, viendo que el Libertador no hacía siquiera alusión a la renuncia presentada por él unos días antes, creyó que era su deber referirse una vez más a la acusación del Secretario de Guerra de Colombia, tratándole de nulo e incapaz y diciendo que semejante cargo equivalía a "echarle fuera del servicio activo". Así, pues, continuaba Sucre declinando el nuevo nombramiento. Como motivo concreto decía:

Si yo tomara un servicio activo dirigiendo soldados, que siempre han merecido la victoria, y llevando a la vez el bochorno, tanto mis compañeros y usted mismo me considerarán como un general dispuesto a sufrirlo todo por conservar su uniforme y su empleo.⁹

El Libertador, dejándose probablemente llevar de uno de esos arranques de impaciencia tan propios de su temperamento, le contestó ese mismo día con dureza, diciéndole que se estaba aprovechando de los momentos tan difíciles que estaba pasando en el Perú para hacerse sentir como hombre indispensable.

El sensitivo cumanés también le contestó a Bolívar de inmediato y entre otras cosas le decía:

Por qué quiere usted humillarme con una satisfacción en la ofensa en que no he creído usted parte?.. Sin embargo, mi general, si usted cree que puedo ser útil en el ejército, escogeré llevar, aunque con rubor, cualquier destino, antes que cometer la infamia de abusar de mi situación y hacerme necesario. Haga usted lo que guste. Yo he amado a usted con la ternura que a un padre y me someteré a su voluntad.

Este episodio nos muestra claramente por un lado el pundonor militar de Sucre y por otro la total fidelidad en todas las órdenes al Libertador.

Ayacucho, la obra maestra en estrategia militar

Después de la victoria de Junín, Sucre y su ejército permanecieron en Jauja hasta el 9 de septiembre, fecha en la cual Bolívar reanudó su lento avance hacia el Cuzco, siguiendo al ejército realista. Pero súbitamente decidió el Libertador partir a la costa, por lo cual entregó al general Sucre el mando del ejército colombiano-peruano.

El retorno del Libertador causó, desde luego, el desmembramiento de un fuerte contingente de caballería que lo debía acompañar. Por otro lado, tanto por lo prolongado de la campaña como por las condiciones logísticas en que se venía desarrollando, las deserciones habían sido altísimas en las últimas semanas. Para diciembre, Sucre creía contar con solo 5.780 hombres. Por el contrario los realistas, por la fusión de los ejércitos de Canterac, La Serna y Valdés contaban con un total de 10.000 entre infantería y caballería. Este era sin duda un factor muy peligroso para el cumanés.

Sin embargo, el joven estratega había aprendido de la batalla de Pichincha que la topografía, inteligentemente aprovechada, podía suplir la diferencia numérica. Aunque el enemigo había ya rehuido la batalla por más de una vez, aprovechó el día en que los realistas acamparon en la cumbre del monte Condorcunca y Sucre hizo acampar a los suyos en la llanura al pie de ese monte, dando al adversario clara ventaja. Esta llanura, que se llamaba de Ayacucho, medía aproximadamente de largo unos 1.300 m y de ancho unos 600, quedando delimitada por quebradas con torrentes de aguas por efectos de las lluvias de diciembre.

También sabía Sucre que sus ardientes arengas antes de las batallas tenían la fuerza de inflamar a sus soldados hasta el heroísmo. Esto ponía una diferencia fundamental con las tropas realistas. En estas últimas los mercenarios eran más de un 50% y para ellos lo más importante en estos choques armados era salir con vida.

La tercera ventaja que Sucre tenía era el conocimiento que poseía de sus jefes subalternos y soldados con quienes había estado no solo en las marchas y prácticas sino también, con pocas excepciones, en el mismo campo de batalla. Eso le permitió desde la víspera dar a las diversas unidades un lugar adecuado.

En el desarrollo de la batalla hubo altos y bajos. Entre los golpes certeros dados por el ejército patriota, Sucre tuvo la suerte de ver caer muerto al ardiente coronel español Rubín y gravemente herido al general Monet. Pero tal vez el golpe que dio la victoria fue el dado por el joven general Córdoba al desenvainar su espada y ordenar a sus batallones cargar a la bayoneta. Se formó una falange imposible de detener, la cual fue ascendiendo por el monte Condorcunca hasta la cumbre y tomó ahí prisionero al virrey La Serna.

Herido Sucre en la nación que fundó

Para 1825, a raíz de la victoria de Ayacucho, el ejército a órdenes de Sucre era el mayor de Sudamérica. Había quedado a sus órdenes un inmenso territorio, conocido con el nombre de Alto Perú. Bolívar había resuelto convertir todo ese territorio en una gran nación y los Libertadores la habían bautizado como Bolivia. Para la misma, Bolívar escribió una constitución que él creyó ideal y la hizo aprobar por el Congreso. Sucre fue su primer Presidente.

Pero todo eso sucedía en el plano civil. El militar era el que precisaba más atención, pues la rebelión se había puesto de moda en todas partes y amenazaba resquebrajar por todos lados el territorio emancipado por el Libertador. El general Sucre atribuía esta tendencia a la falta de sanción a los revoltosos. El 27 de septiembre escribía:

En los papeles de Lima he visto los últimos proceder de Guayaquil en junio. Siento que el Sur (Ecuador) se alborote. Cada día veo más y más cuanto erró el gobierno (de Bogotá), aprobando la insurrección de Bustarnante. Lágrimas y sangre costaría a Colombia un paso tan falso. Si el general Páez dio una puñalada a la Patria con el movimiento de Venezuela, el general Santander acabó de matarla, aprobando aquel motín. 10

Ese ambiente universal de agitación política llegó también al Perú y Bolivia en rechazo a las pretensiones de Bolívar de convertirlas en Estados Federales con un Presidente vitalicio. Sin embargo, Sucre se sentía muy tranquilo en Chuquisaca, creyendo que el único batallón que había en esa ciudad no se preocupaba de esas cosas. Pero aun ahí la agitación militar iba por dentro. El general Gamarra ambicionaba anexar el territorio boliviano a la República del Perú y por medio de terceros había sobornado a sus jefes. Así fue como el 18 de abril de 1828 a la madrugada, después de una fogosa arenga del intermediario argentino, Canizo, el batallón entero se pronunció por el repudio a Colombia y la anexión del Perú.

Enterado Sucre del levantamiento, acompañado de un corto número de funcionarios, fue a hablar con los rebeldes. Se anunció a la puerta del cuartel y quiso entrar pacíficamente, pero Canizo ordenó que no le dejaran entrar. Entonces el cumanés quiso forzar la entrada y espoleó a su caballo para hacerlo. Pero se produjo entonces una nutrida descarga. El cumanés cayó en tierra y su caballo, herido también, huyó en dirección al palacio presidencial. Sucre fue llevado en estado inconsciente a su recámara presidencial por la servidumbre del palacio.

Tal fue el incidente de Chuquisaca, en el cual Sucre salió vivo por fortuna, aunque inutilizada la mano derecha por meses.

Esta fue la tercera vez en que el ardoroso caudillo se fió demasiado de su buena fortuna y arriesgó la vida, creyendo en los buenos sentimientos de los que le rodeaban. Si al menos esta vez hubiese aprovechado esta lección de la vida, la tragedia de Berruecos no habría tenido lugar.

La quintaesencia del patriotismo en Tarqui

Todos conocemos bien la estrategia de la batalla de Tarqui y nuestra victoria (las tropas eran ecuatorianas) sobre el ejército peruano, superior en número. Lo que puede ser más bien nuevo para muchos es el verdadero amor a la Patria, que demostró con hechos el mariscal Sucre en esta ocasión. Recordemos las circunstancias individuales en que por esos días se hallaba el cumanés.

En los días inmediatamente anteriores el flamante esposo, que herido en Chuquisaca apenas había tenido dinero para pagar los impuestos de ingreso al país y llegada a Quito, se puso a revisar los libros de cuentas que llevaba la marquesa de Solanda, para averiguar la causa por la cual a veces no tenían "un real para el almuerzo". Eso parecía simplemente imposible dada la inmensa superficie de tierra que ocupaban sus haciendas, todas ellas ubicadas en sectores altamente productivos. Después de un examen muy cuidadoso había llegado a la conclusión de que las cargas tributarias impuestas por el gobierno español por años y las pensiones que debía pasar a los parientes nobles le había abocado a esa situación. El remedio era levantar un buen capital y su viejo amigo y confidente, el coronel quiteño Vicente Aguirre, le había dicho que a menos de treinta leguas al noroccidente de Quito existía una región de fertilidad prodigiosa, llamada Mindo. A pesar de que su clima era tropical, su producción agrícola podía darle mucho dinero. Su amigo Aguirre ofreció acompañarle y así los dos se pusieron de camino.

Pero antes de que los dos aventureros terminaran la primera jornada de camino, un mensajero del alcalde de Quito le dio alcance con una esquela. La esquela le comunicaba que el ejército peruano había invadido la provincia de Loja. Ese aviso era una invitación implícita a que se incorporara al ejército ecuatoriano para luchar contra los invasores. Pero él se había retirado ya del servicio activo de las Fuerzas Armadas, estaba apenas haciéndose tratar de las heridas en el antebrazo derecho, necesitaba urgentemente hacer dinero para sacar a su familia de la bancarrota y su esposa estaba embarazada para dar a luz al primogénito de la familia. En medio de tantos obstáculos, solo un amor a la Patria que estuviese sobre sus más íntimos sentimientos personales le podía hacer volver. Sin embargo, el gran Mariscal de Ayacucho, que

no era siquiera ecuatoriano por nacimiento, hizo dar la vuelta a su caballo y regresar a Quito. En casa lo primero que hizo fue escribir una larga carta a Flores, haciéndole conocer sus experiencias sobre los generales enemigos a quien él les había tenido en parte de subalternos (Lamar) y en parte de invasores cobardes (Gamarra). Pero los días subsiguientes Sucre no tuvo respuesta alguna de Flores, a pesar de que éste había recibido ya una carta del Libertador, en que le nombraba a Sucre como General en Jefe del Ejército. Este decreto solo se hizo efectivo más tarde, cuando Flores se cercioró de que los efectivos militares del enemigo eran mucho más numerosos. Entonces Sucre resolvió ir al frente. Pero como no tenía dinero, vendió de apuro la única casa que, como regalo de Bolívar después del triunfo de Pichincha, tenía en Quito. Todas estas eran muestras eximias de patriotismo en el precario orden económico de Sucre. En el orden sentimental otra muestra fue, después de la victoria de Tarqui, haberle ofrecido a Flores hacerle padrino del hijo que estaba por nacer, privilegio que el propio Bolívar había estado ambicionando.

Notas

1. Lecuna-Archivo de Sucre, t. 1, p. 283.
2. Lecuna-Archivo de Sucre, t. 1, p. 293.
3. Lecuna-Archivo de Sucre, t. 1, p. 322.
4. Lecuna-Archivo de Sucre, t. I, p. 392.
5. André Maurois, Diálogos sobre el mando, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1958, p. 13.
6. Olmedo, Obras completas, Cartas históricas y políticas, Quito, Ediciones Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1980, pp. 432-433.
7. Lecuna-Archivo de Sucre, t. II, p. 156.
8. Sucre al Libertador. Archivo de Sucre, t. III, p. 150.
9. Lecuna-Archivo de Sucre, t. III, p. 552.
10. Sucre al coronel Aguirre. Museo Histórico Quito 1 c., p. 178.

(Tomado de *Sucre, soldado y estadista*, Enrique Ayala Mora, edit., Quito, Planeta / Universidad Andina Simón Bolívar, 1996)